

Resulta preocupante, después de todo lo dicho, que este libro tan deficiente y lleno de problemas teóricos y metodológicos, e innecesariamente agrandado, se haya aceptado con honores, como una tesina de doctorado en una universidad de España. ¡Con razón se dice, en son de chiste, que cuando alguien viaja a España debe tener los brazos bien apretados sobre el cuerpo para que no le coloquen –y tenga que comprarlos, porque de negocios se trata– dos títulos de doctorado, uno en cada brazo!

Renán Vega Cantor

Profesor titular.

Universidad Pedagógica Nacional

La historia sin fuentes

Grandes conspiraciones en la historia de Colombia *De los bellacos oidores de 1714 a los políticos traidores de 1867*

ENRIQUE SANTOS MOLANO

Random House Mondadori,

Bogotá, 2011, 271 págs.

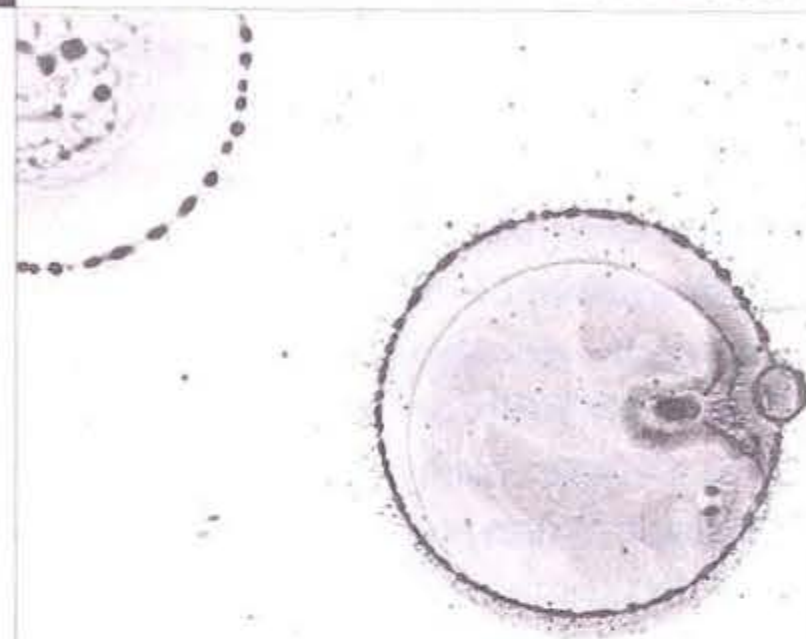
A CONSECUENCIA del carácter científico y profesional que desde principios de la década del sesenta del siglo pasado tomó la historiografía colombiana, los libros sobre chismes, escándalos y demás arandelas quedaron prácticamente relegados. Por lo general, las novelas de corte historiográfico se encargaron de divulgar ciertas intimidades de los personajes de nuestra historia, algunos historiadores no profesionales, como Jaime Duarte French, con su libro *Las Ibáñez*, contaron algo, así como algunas crónicas centradas en personajes contemporáneos. Pero, en general, la moderna historiografía nacional, en una primera época, que cubre las décadas del sesenta y setenta y comienzos de la de los ochenta del siglo XX, se preocupó más por la reconstrucción de los procesos sociales y económicos que desde la conquista había vivido el país; en una segunda época, de los ochenta al presente, se ha dado una gran diversidad de análisis, interpretaciones y reconstrucciones ya no de grandes periodos ni espacios. Es así como el libro

Grandes conspiraciones en la historia de Colombia. De los bellacos oidores de 1714 a los políticos traidores de 1867, de Enrique Santos Molano (1942), tío del actual presidente de la república, intenta, con relativo éxito, reconstruir ocho conspiraciones ocurridas en un espacio de 153 años, siete de las cuales son suficientemente conocidas y trabajadas por los historiadores colombianos y extranjeros, quizá solo la sexta, la de Sardá en 1833, es la menos conocida; se debe subrayar que el libro es muy desbalanceado, pues las seis primeras conspiraciones ocupan un total de 141 páginas, mientras que las dos últimas suman 116. La interpretación hecha por el autor es eminentemente centralista, y suministra una sesgada y sectaria presentación de los hechos y de sus protagonistas, ya que, en general, la lectura del libro deja la sensación de que conspiradores solo hubo en Bogotá.

Lo primero que sorprende del libro de Santos Molano es que, a diferencia de otros trabajos suyos, en los cuales la riqueza documental es grande¹, este no la tiene, y cuando cita, en extenso, documentos originales no menciona la fuente y, sobre todo, su ubicación, página, folio, fondo documental, etc. Así mismo, y como veremos, es notorio el desconocimiento, rayando en el sectarismo, la ignorancia y la obstinación, de la moderna historiografía nacional, como también el descuido en la edición pues hay muchas erratas².

1. Al respecto véase mi reseña del libro de Enrique Santos Molano: *Los jóvenes Santos*, titulada "Un Santos escribe sobre los Santos", publicada en el Boletín Cultural y Bibliográfico, vol. XLI, núm. 66, 2004, págs. 160-164.

2. Una primera errata la encontramos en la página 11 cuando cita la fecha de 1897, donde seguramente debe ser 1697. En la página 34 encontramos otra, cuando afirma que la primera expulsión de los jesuitas fue en 1867, cuando en realidad se cumplió en 1767, exactamente un siglo antes. En la página 126 reseña una carta de Santander a Rufino Cuervo cuya fecha es del 22 de julio de 1823, cuando en realidad debe ser 22 de junio de 1833. En la página 209 encontramos que menciona el periódico artesanal, opositor al régimen, *El Núcleo*, y de manera errada lo ubica el 13 de abril de 1958, cuando debe ser 1858. No sabemos de dónde saca Santos que la Revolución de 1861 fue encabezada por Mosquera, cuando se sabe que el movimiento revolucionario lo inició el gran general caucano en 1859, lo que dio vía libre a la guerra civil.



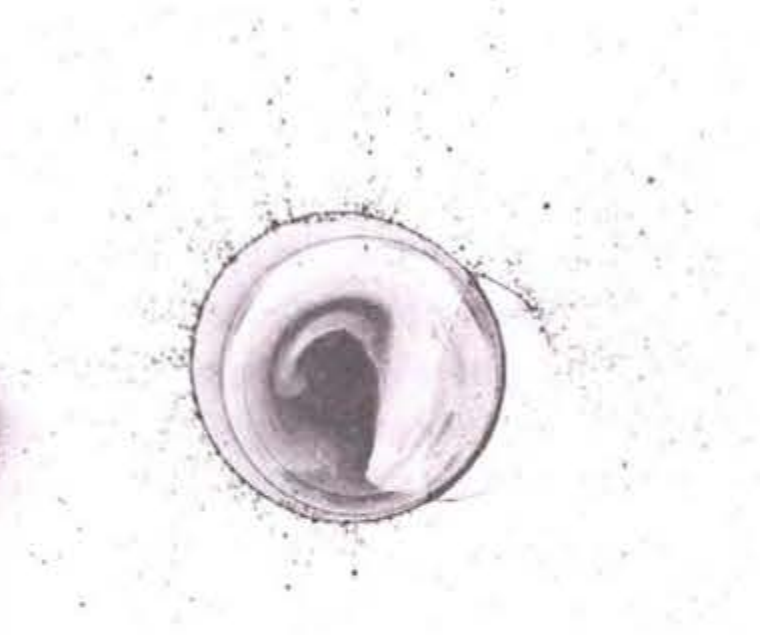
La primera conspiración es la de los oidores de la Real Audiencia de Santafé en 1715, contra don Francisco Meneses Bravo de Saravia, de quien aporta Santos algunos datos biográficos importantes. La mayoría de la información utilizada para tratar esta conspiración proviene del historiador chileno Diego Barros Arana, pero nos surge una inquietud: ¿es que acaso, sobre los protagonistas del hecho, no hay información en el Archivo General de la Nación? Esta no es la única falencia informativa que detectamos: Germán Colmenares, en su ensayo "Factores de la vida política colonial: el Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII (1713-1740)", publicado en el tomo I del *Manual de historia de Colombia* (1978), basado en documentos provenientes del Archivo General de Indias, hace un juicioso recuento (quizá sin mucho adorno literario, en el aparte Política y sociedad: la deposición de Meneses) de los antecedentes y desenvolvimiento de la conjura, como el final del mencionado presidente, que no fue tenido en cuenta por el autor que nos ocupa.

La segunda conspiración es la del marqués de san Jorge en 1781, contiene varios problemas. En primer lugar, en forma inexplicable no se hace un recuento de cómo se formó el marquesado, lo que para un lector no avezado en la historia de Colombia le acarrea ciertos problemas para entender las actuaciones del para entonces suprimido titular; el marquesado fue erigido en 1768 y suprimido en 1777 por la negativa de don Jorge Miguel Lozano de Peralta y Varaez Maldonado de Mendoza y Olalla de pagar los obligatorios tributos, pero siguió utilizando su título de marqués.

En segundo lugar, Santos Molano habla de la formación de un núcleo

secreto formado en torno al marqués de san Jorge: el hecho es cierto, pero, para entenderlo, hay que tener en cuenta la extensa red familiar que tejó don Jorge Miguel, en especial con sus yernos Manuel García Olano, Jerónimo de Mendoza y Hurtado y Eustaquio Galavis, quienes desempeñaron un importante papel en los sucesos de 1781, como el abigarrado conjunto de situaciones que vivía el virreinato por esa época. Santos afirma que fue el sabio gaditano José Celestino Mutis quien le imprimió, a partir de su llegada en 1761, a ese núcleo, un carácter masónico y definitivamente revolucionario, reorganizándolo y ampliándolo a varias provincias neogranadinas, en especial en la del Socorro donde residía, desde 1762, su hermano don Manuel Mutis y Bossio, lo cual nos parece un tanto arriesgado y forzado toda vez que no presenta pruebas concretas. La lectura del *Epistolario* y del *Diario de observaciones* del sabio muestran más un personaje interesado en la ciencia, en sus negocios particulares, etc., con serias críticas a la sociedad que le correspondió vivir; lo cierto es que el gaditano contribuyó mucho para que la modernidad llegara, como, por ejemplo, al proclamar el sistema heliocéntrico de Copérnico, apoyar e impulsar la reforma educativa del fiscal Francisco Antonio Moreno y Escandón y ser motor fundamental de la Real Expedición Botánica, escenarios en los que se formaron y tuvieron que ver casi todas las figuras de la preindependencia y la primera República, pero de allí a pensar en Mutis como el “cerebro” hay una gran distancia, solo basta recordar que fue uno de los principales asesores del arzobispo Antonio Caballero y Góngora y durante los primeros años de funcionamiento de la Expedición Botánica, este ente científico fue el pretexto perfecto para informar sobre el estado en que habían quedado las provincias y poblaciones involucradas en el movimiento comunero. El núcleo secreto existió, tuvo quizá un sesgo masónico, aunque para 1781 no es muy clara esa tendencia, es mucho más evidente en el decenio siguiente y debe interpretarse como un grupo mucho más amplio, como una red protonacional, en la que sus miembros estaban relacionados entre sí por un complejo sistema de

vínculos (parentesco, compañerismo, paisanaje, afinidades, etc.).



En tercer lugar, ligó, sin mayores pruebas, una alianza entre el núcleo de santafereños y José Antonio Galán, además centró la revolución comunera en la mítica figura del charaleño; según como presenta la revolución parecería como si esta no se hubiese desarrollado por etapas. Insiste en que los conspiradores de Santafé fueron espiados y al final, don Jorge Miguel Lozano de Peralta fue apresado y remitido a Cartagena donde murió, pero ¿qué pasó con los demás conspiradores? Santos no tiene en cuenta el posterior tratamiento que tuvo la corona con los virreinos del Perú y la Nueva Granada, mientras que en el primero se implantó el sistema de intendencias y una serie de reformas militares, en el segundo se instauró “una política ambigua de discreción y desconfianza que caracterizó la relación entre las autoridades españolas y los criollos durante el régimen de los Borbones”³.

Buena parte de los problemas que suscita la lectura de esta segunda conspiración provienen del desconocimiento que hace Santos de la historiografía colombiana y de su evolución, ya que menciona que “los historiadores académicos nos han explicado que el movimiento del 16 de marzo de 1781 en el Socorro fue un suceso casual producido por un hecho puntual: protestar contra el exceso de impuestos”⁴, afirmación quizá válida para los historiadores no profesionales, pero

3. Margarita Garrido, *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*, Bogotá, Banco de la República, 1993, pág. 34.
4. Enrique Santos Molano, *Grandes conspiraciones en la historia de Colombia*, pág. 31.

no para quienes sí lo son, sean nacionales o extranjeros, pues la revolución comunera ha recibido por parte de ellos un tratamiento importante, tanto del periodo, como del hecho mismo y sus posteriores consecuencias, entre quienes destacamos a Inés Pinto de Montaña Cuéllar⁵, Mario Aguilera Peña⁶, Antonio García, Margarita González⁷, John Leddy Phelan⁸, Anthony McFarlane⁹. Omisión y desconocimiento que lo hace considerar como “brillante análisis” un artículo periodístico del escritor Carlos Vidales, en el que presentó la indudable conexión de la revolución comunera con los movimientos de Bolivia (Túpac Katari) y Perú (Túpac Amaru), planteamiento que con lujo de detalles ha desarrollado McFarlane. Las fuentes utilizadas por Santos Molano se basan en el bien documentado trabajo de Pablo E. Cárdenas Acosta¹⁰ y en la interpretación de Luis Torres Almeyda¹¹, como en los dos tomos de documentos publicados por Juan Friede. Si bien los trabajos de Cárdenas y Friede transcriben gran cantidad de documentos de la fuente básica, los dieciocho tomos que reposan en la Biblioteca Nacional, Santos no se molestó por revisar tan importante acervo documental, habida cuenta que en el

5. Inés Pinto Escobar, *La rebelión del común*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1976.

6. Mario Aguilera Peña, *Los comuneros: guerra social y lucha anticolonial*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985. Quizá el más documentado de los libros publicados sobre la rebelión comunera.

7. Margarita González, Transcripción e introducción del libro de Fr. Joaquín de Finestrada, *El vasallo instruido en el Estado del Nuevo Reino de Granada y en sus respectivas obligaciones*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2000.

8. John Leddy Phelan, *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980.

9. Anthony McFarlane, “Civil Disorders and Popular Protests in Late Colonial New Granada”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 64, núm. 1, febrero 1984, Duke University Press, págs. 17-54.

— *Colombia antes de la Independencia. Economía, sociedad y política bajo el dominio borbón*, Bogotá, Banco de la República, El Áncora, 1997.

10. Pablo E. Cárdenas Acosta, *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada* (2 ts.), Bogotá, Editorial Kelly, ediciones de 1960 y 1969.

11. Luis Torres Almeyda, *La rebelión de Galán el comunero*, Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1961.

de Friede hay una buena cantidad de documentos provenientes del Archivo General de Indias y del sustraído tomo 19 de Comuneros que reposa en la Universidad de Indiana, circunstancia que no llamó la atención del escritor del libro reseñado.

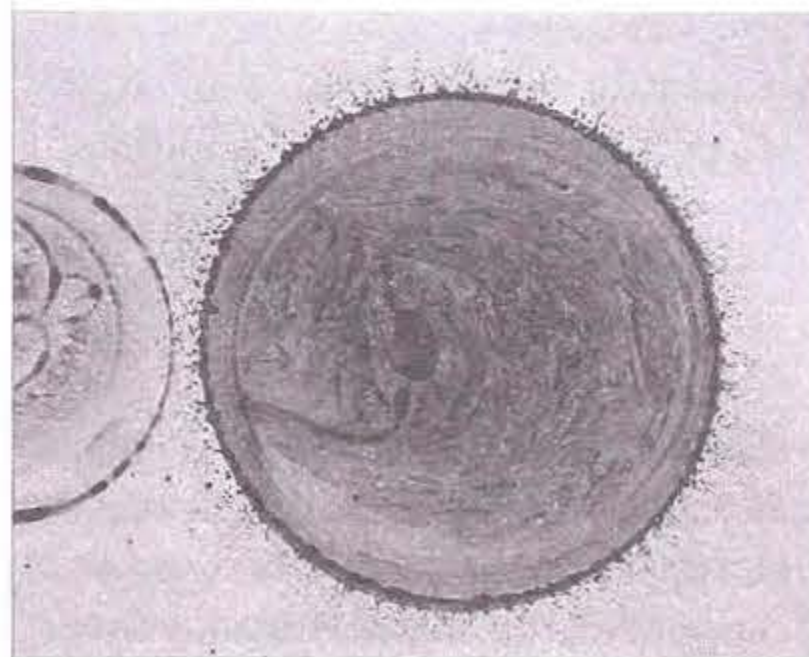
Pero las omisiones de Santos son protuberantes cuando trata la figura del marqués de san Jorge. No miró, ni por la cubierta, el libro de Jairo Gutiérrez Ramos¹². Así mismo, es imperdonable que haya utilizado la incompleta y defectuosa edición de las relaciones de mando de los virreyes que realizó en 1952 Ernesto Restrepo Tirado, y no la completísima edición que adelantó Germán Colmenares en 1989 que corrige y amplía de manera notoria la edición de 1910 hecha por Posada e Ibáñez, basada en una anterior de 1869. En la introducción a la mencionada edición, Colmenares efectúa una referencia muy concreta al escándalo de la deposición violenta del presidente Meneses Bravo de Saravia en 1715, como también algunas alusiones a los problemas que el oidor Jorge Miguel Lozano y Peralta, abuelo del marqués, enfrentó con el presidente Antonio Manso Maldonado, producto de algo que fue común en la época: los conflictos entre oidores con algún grado de parentesco entre sí y los oficiales reales ligados por matrimonio con las familias criollas, perspectiva que Santos ni siquiera consideró. Por su parte, el trabajo de Allan J. Kuethe¹³ permite tener una aproximación del estado de las fuerzas militares en el Nuevo Reino de Granada durante la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, lo que es fundamental al analizar movimientos revolucionarios.

La conspiración anterior da puntadas de lo que sería la tercera, la de los pasquines en 1794. En ella retoma al sabio Mutis y a su hermano Manuel y los cataloga como “conspiradores” y simpatizantes de la causa comunera e independentista, sin allegar mayores

pruebas. Se conoce que en los sucesos de agosto de 1794 estuvo implicado el sobrino del gaditano, Sinforoso, así como Francisco Antonio Zea, José María Lozano, hijo de don Jorge Miguel, sin ahondar mayor cosa en esas figuras, porque se centra mucho en el antecedente más inmediato de la conspiración de los pasquines: la traducción y publicación en la Imprenta Patriótica por parte de Nariño, propietario de ese establecimiento tipográfico, de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en diciembre de 1793, lo que no es raro pues, desde 1970¹⁴, Santos se ha preocupado por rescatar la figura del “Precursor”. Un aporte importante a la narración hecha por Santos es el papel que cumplió en esta conspiración José Fernández de Arellano, ya que tuvo un doble papel de conspirador y delator.

Las omisiones de trabajos recientes sobre la conspiración y la publicación de los Derechos del Hombre, como de la época misma son también aquí protuberantes. Ya citamos el libro de McFarlane, ahora debemos referirnos a los de Margarita Garrido¹⁵ y Renán Silva Olarte¹⁶; el libro de la actual directora de la Biblioteca Luis Ángel Arango contiene un juicioso análisis sobre la élite criolla (intelectuales, burócratas y comerciantes), en el que mostró las expectativas y sus nociones sobre autoridad, justicia y comunidad, mientras que el de Silva suministra una interesante semblanza de la época y de algunos de los protagonistas de las conspiraciones, incluido el sabio Mutis. En general, el problema del libro de Santos es que no matiza los hechos, no tiene en cuenta circunstancias colaterales, no hace conexiones entre, por ejemplo, las aspiraciones de los criollos por asumir el poder, o la que existió en la época entre las ciencias naturales y la política, la que es muy evidente en los Estados

Unidos de Norteamérica en personajes como el botánico John Bastran, Benjamin Franklin y Thomas Jefferson, quienes fueron masones, científicos y revolucionarios. En los tiempos actuales no se puede ser tan reduccionista, ni tan cerrado a los modernos análisis historiográficos, que además de consultar las fuentes tradicionales y otras nuevas, han enriquecido los hechos y circunstancias históricas con los aportes de la misma ciencia histórica, como de otras disciplinas sociales como la antropología, la sociología, la economía, etc.



La cuarta conspiración es la del 20 de julio de 1810, arranca con la figura, como era de esperarse, de Antonio Nariño y su permanente actividad revolucionaria, a consecuencia de la cual permaneció en la cárcel en tres oportunidades. Señala a otros conspiradores como Jorge Tadeo Lozano, nieto del marqués de san Jorge, Luis Eduardo Azuola, primo de Lozano, Manuel del Socorro Rodríguez, el canónigo Andrés María Rosillo y Meruelo, José María Carbonell y Bárbara Forero, pero olvida, voluntariamente, a otros conspiradores como el sabio Francisco José de Caldas, Luis Caicedo, Sinforoso Mutis, Pedro Groot, Antonio Baraya, Ignacio de Herrera, Balthasar Minaño y José Acevedo y Gómez, entre otros. Desconoce las protestas que se generaron durante la primera década del siglo XIX en todo el territorio de la actual Colombia, por ejemplo las de Tunja, Pamplona y Purificación en contra del Consulado de Cartagena entre 1804 y 1805, la erección de una Junta Autónoma en Quito en agosto de 1809, el *Memorial de agravios* de Camilo Torres, que suministra otra mirada a la actividad revolucionaria de los criollos: la de su resentimiento ante el dominio

12. Jairo Gutiérrez Ramos, *El mayorazgo de Bogotá y el marquesado de san Jorge. Riqueza, linaje, poder y honor en Santafé, 1538-1824*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.

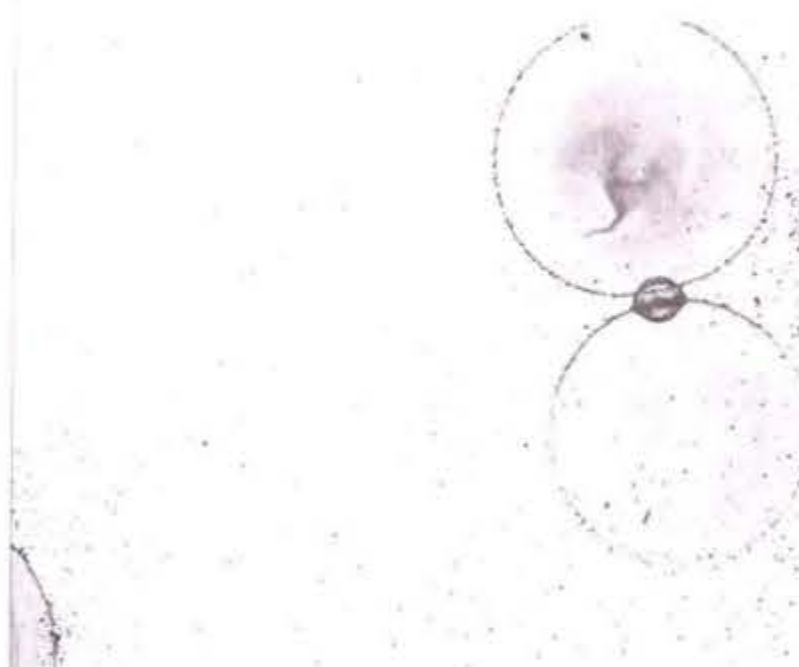
13. Allan J. Kuethe, *Reforma militar y sociedad en la Nueva Granada, 1773-1808*, Bogotá, Banco de la República, 1993.

14. Efectivamente, en ese año publicó la novela histórica *Novelas fantásticas*, en la que, además de reivindicar la figura de Nariño, aparecen muchos de los rasgos que abundan en Las grandes conspiraciones. En 1999 publicó una extensa y bien documentada biografía: *Antonio Nariño filósofo revolucionario*.

15. Garrido, op. cit.

16. Renán Silva Olarte, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Banco de la República, Universidad Eafit, 2002.

peninsular del gobierno colonial, y refleja el avance de las aspiraciones políticas criollas generada a partir de la crisis española en 1808, la caída del gobernador Montes en Cartagena entre mayo y junio de 1810, la revuelta de los cabildos de Cali, Pamplona y el Socorro en los días anteriores al 20 de julio.



Quizá a uno no le guste ni le cuadre el enfoque que los miembros de la Academia Colombiana de Historia le han dado al proceso de la Independencia, pero existen ciertos trabajos de sus integrantes que son de ineludible consulta, como el de Rafael Gómez Hoyos¹⁷, o la recreación hecha por Indalecio Liévano Aguirre¹⁸. Trabajos recientes hay muchos, citaremos solo el de Jaime Urueña Cervera¹⁹, que es un interesante análisis acerca de la influencia francesa en los próceres Nariño y Torres.

La quinta conspiración es la septembrina de 1828. Es quizá en esta en la que Santos Molano da importantes aportes, en especial en el papel que en ella cumplieron los Estados Unidos y la doctrina Monroe y suministra una buena dosis de información sobre los antecedentes del burdo intento de asesinato del Libertador Simón Bolívar. A diferencia de las otras conspiraciones, tiene un epílogo muy cierto y que interesaba sobre manera a los Estados Unidos: la disolución, el 31 de diciembre de 1831, de la república de Colombia. Sin embargo, no matiza los hechos, en forma inexplicable en esta

conspiración, como en la anterior, y la siguiente, no utiliza una fuente esencial, casi de primera mano, como es la de José Manuel Restrepo²⁰; o ciertas biografías, no solo de Bolívar o Manuelita Sáenz, sino de Santander y otros conspiradores²¹. Utiliza tres fuentes, el *Diario de Bucaramanga* de Luis Perú de Lacroix, las *Memorias* del general Florencio O'Leary y *Viajes y estancias en América del Sur: la Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el istmo de Panamá*, de Auguste Le Moyne, con los problemas reseñados con anterioridad, pero no las referencia en la bibliografía final.

La sexta conspiración es la de Sardá el 22 de julio de 1833, en esta también hay ciertos aportes pues el periodo posterior a la disolución de la República de Colombia ha sido poco tratado y analizado por la historiografía nacional. Santos afirma que a consecuencia de esta conspiración fueron acusadas y encarceladas cuarenta y seis personas, de las que fueron fusiladas dieciséis, no suministra la lista de ellas quizá porque, como lo escribe Santos, citando a los hermanos Ángel y Rufino Cuervo, los cuarenta y seis vinculados a la conspiración "eran personas de poquísima importancia. Artesanos, menestrales, obreros, gente de muy humilde condición social y económica"²².

La séptima conspiración corresponde al golpe de los artesanos de 1854. De principio a fin la narración hecha por el autor es su propia interpretación, dejando de lado hechos esenciales, como la guerra civil de 1851, la cual redujo a una página, despachándola con una facilista causa, "los conservadores se alzaron en armas en distintas provincias de la Nueva

Granada"²³, sin considerar que el motivo principal fue el decreto del presidente José Hilario López que otorgaba la libertad a los esclavos. A propósito de lo anterior, en todo el libro parecería que en la Nueva Granada no hubo indígenas, ni esclavos, ni afrodescendientes; como también que las "Reformas de Medio Siglo" no hubieran tenido ninguna trascendencia, salvo el establecimiento del libre comercio. Los aportes más significativos se centran en la información que suministra sobre los periódicos *El Alacrán*, *El 7 de marzo*, etc., como de sus editores Germán Gutiérrez de Piñeres y Joaquín Pablo Posada, como lo atinente al doctor Raimundo Russi, y la evolución de algunos periódicos como *El Día*, y la participación estadounidense a favor de los gólgotas, lo que seguramente extrajo de un artículo del historiador estadounidense David Sowell, sin consultar el trabajo completo²⁴.

Es interesante y sugestiva la presentación que hace de, según Santos, los cinco ideólogos del golpe de los artesanos, entre quienes ubicó a Gutiérrez de Piñeres y a Posada, pero se quedó corto en recrear los movimientos de los artesanos, que llevaron a la "República de los Artesanos". Por lo general, de ese momento de la historia nacional se ha narrado el principio y el final, con la toma de Bogotá, pero poco se conoce sobre cómo fue su funcionamiento, nunca se ha explicado porqué, el general Melo se resguardó en la capital y no intentó parar al "Ejército Constitucional" formado en Ibagué. Santos no es la excepción, aunque le interesó narrar el destino de los cinco ideólogos y del general Melo. La ausencia de lectura y consulta de autores contemporáneos es asombrosa, solo el movimiento de 1854 ha tenido varios análisis, como el de

17. Rafael Gómez Hoyos, *La revolución granadina de 1810* (2 ts.), Bogotá, Temis, 1962.

18. Indalecio Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* (2 ts.), primera edición 1964.

19. Nariño, Torres y la Revolución francesa, Bogotá, Ediciones Aurora, 2007.

20. *Historia de la revolución de la República de Colombia* (6 ts.), Medellín, Editorial Bedout, 1969-1970.

21. En especial, la de Pilar Moreno de Ángel: *Santander. Biografía*, Bogotá, Editorial Planeta, 1989; o la de Jesús C. Torres Almeyda, *El almirante José Padilla (epopeya y martirio)*, Bogotá, Ediciones El Tiempo, 1983. El mejor libro sobre los antecedentes es quizá el de David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, Universidad Nacional, Facultad de Sociología, 1966.

22. Enrique Santos Molano, *Grandes conspiraciones...*, pág. 133.

23. *Ibíd.*, pág. 184.

24. David Sowell, "Agentes diplomáticos de los Estados Unidos y el golpe de Melo", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 12, Bogotá, 1984, págs. 5-13. El trabajo completo: *Artesanos y política en Bogotá, 1832-1919*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, Editorial Círculo de Lectura Alternativa, 2006.

Carmen Escobar Rodríguez²⁵ o el de Gustavo Vargas Martínez²⁶.

La última conspiración fue el golpe contra Mosquera del 23 de mayo de 1867. Realiza una presentación del general Tomás Cipriano de Mosquera, pero deja de mencionar circunstancias que hacen del general una de las figuras más controvertidas del siglo XIX colombiano, aunque, sin lugar a dudas, después del Libertador Simón Bolívar fue el hombre más destacado de esa centuria. Algunas de las peculiaridades de Mosquera pueden ser: de ser "ministerial" y "conservador" en la década del treinta y cuarenta, pasó a ser uno de los grandes adalides del liberalismo y de la masonería colombiana; pese a ser hermano del obispo José María Mosquera, fue uno de los grandes perseguidores de la Iglesia católica colombiana y de los curas, y uno de los principales promotores de un Estado laico; atacó la "República de los Artesanos", pero luego tuvo en ellos un significativo apoyo. Un aporte importante del ensayo de Santos es el de mostrar la penuria económica del gobierno de Mariano Ospina Rodríguez y las medidas tomadas para subsanarla, que sin lugar a dudas fueron un motivo sustancial para la gestación de la guerra civil de 1859-1862, el triunfo radical y la república por ellos establecida a partir de la Constitución de Rionegro de 1863.

Algo muy notorio a lo largo del libro es que en la segunda conspiración el autor hace referencia a un grupo secreto de tendencia masónica, esa línea, lo masónico y su segura participación, a favor y en contra, en las conspiraciones es abandonada por Santos, salvo cuando se refiere al Precursor Nariño, lo que en muchos de los pasajes del libro y especialmente en el golpe de Melo y el golpe contra Mosquera en 1867 es esencial pues, por ejemplo, la creación de la Escuela Republicana, el 25 de septiembre de 1850, tiene mucho que ver con el

desenvolvimiento de la masonería en el país de aquel entonces, sin olvidar que el general José María Melo era masón, así como muchos otros protagonistas de la época: Tomás Cipriano de Mosquera, José María Obando, Manuel Murillo Toro, José Hilario López, Tomás Herrera, entre otros, quienes se alindaron en bandos opuestos, ora gólgotas, ora draconianos, ora liberales moderados, sin perder su sentido de "hermandad".

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular,

Escuela Superior de Administración Pública

La globalización sin escrúpulos

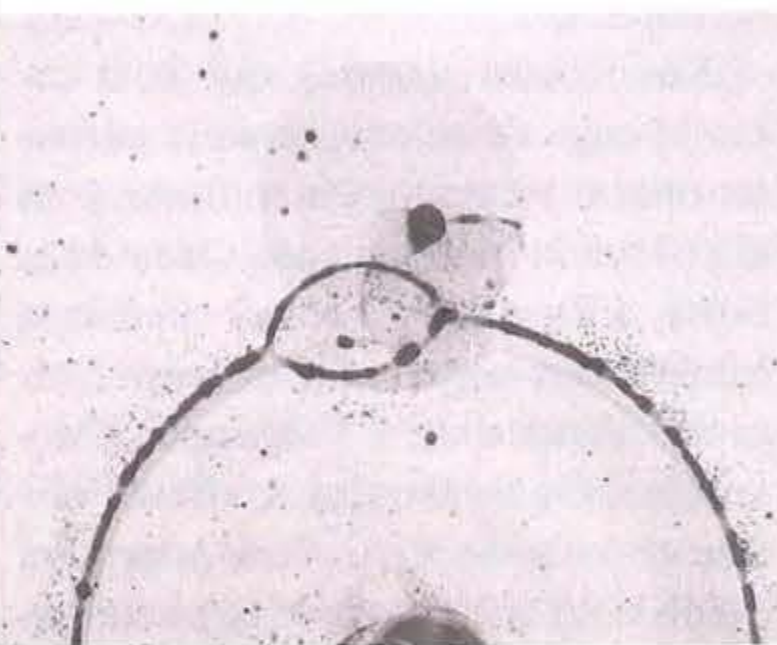
Bananas

De cómo la United Fruit Company moldeó el mundo

PETER CHAPMAN

Taurus, Bogotá, 2010. 227 págs.

PETER CHAPMAN ha escrito un relato periodístico de la historia de la United Fruit Company, la primera de las multinacionales modernas. Un laboratorio experimental del capitalismo sin restricciones, que es descrito en términos tan vívidos y enérgicos que tiene todas las características de una novela apasionante.



Como dice el autor: "La manera como la United Fruit mantuvo su dominio fue un acto de prestidigitación, un enorme truco ejecutado por una colección de oportunistas y charlatanes, filántropos y faquires" (pág. 28).

El negocio comenzó hace 140 años y pareció evaporarse el lunes 3 de

febrero de 1975, cuando Eli Black se arrojó desde el piso cuarenta y cuatro del edificio de Pan-American en Nueva York, sobre Park Avenue. Black era un judío devoto, que provenía de diez generaciones de rabinos y que ahora dirigía United Brands, la corporación que se había apropiado de la United Fruit Company.

La Frutera, El Yunay, La Compañía o simplemente El Pulpo controlaba miles de kilómetros de tierras en Centroamérica y a través de la naviera privada más grande del mundo, pintada toda ella de blanco para protegerla del calor, la Gran Flota Blanca, comercializaba el banano hacia los Estados Unidos. Se había especializado en una variedad, la Gros Michel o "Big Mike", que por tener cáscara gruesa sufría menos magulladuras en el proceso de recolección y envío.

Era la época, como escribió el Times de Londres, en que si los griegos esculpen y los italianos pintan, "los norteamericanos inventan". Hacia 1876 el motor a vapor de George H. Corliss, el teléfono de Alexander Graham Bell, el telégrafo de Thomas Edison, los ascensores de los hermanos Otis y la máquina de escribir se vieron en la Gran Exposición del Centenario, diez años después del fin de la Guerra de Secesión o Guerra Civil Norteamericana. Pero la cosa más romántica que allí se exhibía no era la Estatua de la Libertad enviada por Francia, sino, en el pabellón de horticultura, un árbol de bananas, de tres metros y medio de alto, como escribió un visitante.

La energía de ese país de inmigrantes europeos, que exterminaba apaches y comanches, para volcarse hacia el Oeste, y cercar miles de kilómetros con el alambre de púas inventado en 1873, buscó nuevos espacios para conquistar amparado en la Doctrina Monroe de 1823, que prohibía el paso de los extranjeros. Que países como Costa Rica quisieran construir ferrocarriles para unir los dos océanos y que se sembraran bananos al lado de las vías férreas para alimentar a los trabajadores, muchos de ellos sacados de la cárcel de Nueva Orleans, fueron dos elementos que contribuyeron, junto con las nacientes preocupaciones por la dieta y la

25. Carmen Escobar Rodríguez, *La revolución liberal y la protesta del artesanado*, Bogotá, Fundación Universitaria Autónoma de Colombia, Fondo de Publicaciones, Ediciones Fondo Editorial Suramericana, 1990.

26. Gustavo Vargas Martínez, *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo (la dictadura artesanal de 1854, expresión del socialismo utópico en Colombia)*, Medellín, Editorial La Oveja Negra, 1972.